
La agresión

A José Ignacio Díaz Pardo

Pero hacía otros esfuerzos para no evadirse de aquel compromiso a que lo había llevado su afición a leer, pues otros problemas ajenos se esparcían ante su atención, impidiéndole el necesario cuidado que aquel libro exigía. Y tenía que volver una y otra vez al punto donde, de una manera intencionadamente vaga, empezaba aquel relato.

Esas narraciones como todas las de aquellas «Bañera»¹ acumulaban situaciones nacidas de la tensión, la angustia y una mezcla de impotencia y sarcasmo que dejaban una sensación agrídulce en el lector. Así, al menos, se lo habían dicho, y, precisamente, por ello estaba en ese afán de concentración que no llegaba a lograr.

Y es que desde hacía algún tiempo otros fenómenos de parecida naturaleza o patología a los que se narraban en el libro se iban apoderando de él, dejando cada vez más arrinconada la necesaria aptitud que se precisa para contemplar la propia existencia con la tranquilidad, con la calma que requiere el observador, que testimonia en cada instante el curso natural de lo que exterior o interior participa de su propio vivir.

Se hallaba a una situación última o de esquina, como si ya todo fuera a reventar en él, como si la propia existencia hubiera adquirido idea del precario ritmo en que se vive, y estuviera dispuesta a acelerarlo, y a la vez le fuera comprensible, y en esa conciencia límite estuviera el punto de partida de una agresividad más elaborada, por cuanto devenía de un proceso que, en parte, había perdido el equilibrio por estar trucado en cualquier momento. Y ese instante estaba en aquel punto donde él mismo se decía que se había mentido.

Pero incluso considerando que no fuera eso lo que le viniera impidiendo concentrarse, desde luego algo se interponía ante él, en aquella situación que ni siquiera en parte podía superar. Porque de nuevo estaba al mismo renglón de esa página a la que había vuelto una y otra vez, sin llevarse nada de la enloquecida argumentación (según decían) de aquella «Bañera».

En uno de esos raros instantes en los que su propia neurosis lo abandonaba, pudo leer uno de aquellos cuentos, a la premura de que fueran de nuevo sus manías a tomarlo desprevenido, y a forzarle en una dedicación a lo absurdo no creativo, que lo más que había de producirle era una aparatosa quema de energía.

Así, poco a poco, avanzaba en sus propósitos y, ahora, felizmente, estaba de nuevo ante otro de los relatos con el cansancio de los fóbidos, de los que baten un récord por

¹ «La Bañera». Rafael Pérez Estrada. Los Libros de la Frontera. Barcelona, 1974. (N. del A.)

hacer lo que para los demás pertenece a lo automático, y en él era —repito— cosa de lo cotidiano heroico. Y ese relato trataba de una situación como la que, insignificante para los demás, él estaba viviendo en esos días. Se ajustaba aquel cuento a su presente con tal exactitud que, como en otras ocasiones había pensado (e incluso había especulado desde su infancia), era aquello como un niño (en una caja de anuncios) que sostiene un bote de leche condensada, en cuya etiqueta aparece precisamente ese mismo niño que sostiene esa misma caja de leche condensada, y así, etc... En ese instante algo venido desde fuera le trajo una sensación inexplicable de peligro. Era como si la sombra de un riesgo se hiciera presagio en el vuelo de lo tenido por inmediato.

Efectivamente, estaba preocupado, y lo sabía porque un ligero temblor, mitad nervios, se le convertía en un tics en el pie, que se movía, en prisa de abanico, de un lado al otro en una inexplicable profusión de síes.

Trató de serenarse, pero aquel temblor proseguía más allá del tiempo que su propia histeria dedicaba a estas cosas. Entonces, quizá porque algo también le molestaba allí, miró y no vio nada. Pero algo persistía al límite de aquella extremidad, y tal vez por esas tensiones de su ánimo, y por cesar en las fijaciones que se le producían, decidió quitarse el zapato para —así lo creyó— desposeerse de lo extraño que le impedía (estaba seguro), poder frenar aquel, ya insidioso, movimiento del pie.

Al descalzarse notó como una pequeña herida en la planta del pie, en el lugar donde la bóveda se empieza a hacer almohadilla, y en el punto donde se soporta el mayor peso del cuerpo. Adoptó la postura de espinario, y observó con cuidado aquella lesión.

Parecía una pequeña herida, tal vez ocasionada por la justeza del calzado y por la torpeza del suelo por el que, en esos días, había caminado. Sin embargo, aquello, bien mirado, no parecía una herida, pues los labios no tenían señales hematómicas, ni aparentaban rastros de sangre, ni restos de cualquier violencia traumatizante. Es más, aquella supuesta herida, en sus bordes cerrados, parecía hervir a una extensión de la carne, como si ésta estuviera más viva de lo natural y tuviera una especial disposición celular que se prestase a una dilatación del tejido que, efectivamente, se iba abriendo, hasta figurar una especie de boca con un gesto intimidador para él mismo.

Un equilibrio, difícilmente sostenido, dio paso a un inesperado terror que le llevó a huir, al imposible alejarse de sí mismo ante aquella agresión que presentía. Cuando, tras correr y tropezar por aquella habitación, se contuvo al punto del desmayo, vio nuevamente frente a sí, a aquel pie que ya era todo boca, y boca de ofidio, porque se abría desmesuradamente, más allá de la normal extensión del propio pie.

Para zafarse de aquel ataque se adelantó y, tomando un bastón que había en un rincón del cuarto, aporreó aquella boca. A la vez lanzaba un grito de dolor mientras un chorro de sangre salpicaba el techo mal pintado de la habitación.

En un instante había aprendido: cualquier manifestación de defensa se haría a su propia costa, al punto de su sufrimiento, al borde de la locura. Y también su aptitud defensiva, la actividad en la legítima defensa (si legítima defensa era el que parte de la parte se enfrentara a la otra parte) provocaba una mayor potencia en las fauces de

aquella extremidad propia que ahora se adelantaba y clavaba sus dientes en el muslo de la otra pierna, que empezaba a consumirle a perecerle en ingestión canibal en la que le resto, el producto de lo digerido se consumía en el menor volumen del propio aparato digestivo.

Vio su pierna desnuda de carne, vio también la herida. Entonces sintiéndose perecer, como si recordara una vieja filosofía sádica de si tu mano derecha es causa de algún mal, ..., se apresuró hacia la pequeña alacena, la abrió y tomó el hacha.

Cerró los ojos, no sin antes haber fijado el punto donde tenía que dar el golpe, apretó los labios como para hacerlos al dolor que había de llegar, alzó el brazo y dejó caer el hacha.

Un grito horrible rebotó hasta el infinito de aquel paisaje de ladrillos. Un grito preciso de agonía de un hombre que se debatía inútilmente a un pedazo de carne que le mordía brutal la garganta, a la par que, por una pierna amputada en el comienzo del pie, se desangraba.

RAFAEL PÉREZ ESTRADA
Calderería, 7, 5.º
29008 MALAGA